



CAPÍTULO V

Friles y tinterillos conspiradores

**C**ANSANCIO de cuerpo y espíritu, deseo de no oír más comentarios sobre si la carga debió haber sido oblicua, si las infanterías con bayoneta calada equivalen á verdaderos muros, si el papel de la caballería tiene que disminuirse á medida que el tiempo pase, y sobre todo la obsesión de dormir en colchón, en recinto cerrado y obscuro, me hicieron aceptar la invitación de Valle, Poucel y Pacheco, para ir á pasar el resto de la noche á una casita de la calle del Mesón de Animas.

Brillaba la luna en todo su esplendor, las calles estaban solitarias y tristes; apenas un sereno que anunciaba con voz tipluda y con notorio desacato de la verdad «las doce y media y nublado», era lo que se veía y oía á aquellas horas.

Leandro del Valle, alto, blanco de tez, delgado, pero musculoso y recio de miembros, de ojos verdes, piocha formada con cuatro pelos rubios, un diente mellado y cabello cortado al rape, estuvo con el señor Ocampo algo después que yo, y salió del Palacio triste y pensativo; pero aquella soledad, aquel misterio, aquella luna que ponía á todos los objetos un sello de tristeza y de pena, le inspiraron y le hicieron prorrumpir en una tirada que quisiera recordar.

«¡Qué hermosa es, decía, la luna en estas tierras; parece un cendal de plata sobre el seno de la noche! Para amar á las ciudades, hay que conocerlas de día, cuando los barrenderos y los vendedores las pueblan levantando montones de polvo y despertando con sus gritos, con los cascabeles de sus cabalgaduras, con las ruedas de sus carros y con el trajín de sus pasos á las devotas, que en pergenio de mañana van á la misa conventual, que llama la campana movida por una mano aterida de frío.

Hay que verlas á medio día, cuando el sol las calienta, cuando piedras y muros arrojan calor de hornaza, cuando entregados á las faenas cotidianas corren apresurados y sudorosos, hombres y animales.

Hay que contemplarlas por la tarde, entre la pompa triunfal del sol, ó cuando el polvo de oro del crepúsculo llena calles y plazas, y se avecina la noche apagando con sus manos de sombra colores y matices, destruyendo con-

tornos, matando ruidos y trayendo la paz á todo y á todos.

Pero á ninguna hora son las ciudades tan hermosas como á ésta. Parece que, como las mujeres, así se entregan mejor en brazos de quien las ama. Cómo se destacan las torres de las iglesias, los azulejos de las cúpulas y el enjalbegado de las casas; cómo saca chispas al empedrado, reflejos á los hierros de las ventanas y cabrilleos á los vidrios esta luz velada y exquisita, como de un fanal aéreo.

Allá se ve San Felipe, con su cúpula vieja; adelante, en esa torre pequeñina, se esconde Jesús María, lleno de vírgenes en oración; hacia la izquierda, se ve Santa Mónica con sus arcos alicatados, su pórtico moruno y sus relaciones de milagros, que parecen arrancados al *Flos sanctorum*; á nuestra espalda se halla Santa María de Gracia, con su área inmensa, que más bien parece rural que urbana; al frente San Francisco, el *alma mater* de Guadalajara, de donde salieron la religión y el trabajo á regenerar comarcas enteras.

¡Qué paz, que bienestar se siente en estas ciudades viejas, que apenas conocen el tuyo y el mío, que apenas despiertan á la vida civilizada! El sueño colonial todavía no termina aquí; se vive como en 1808; se tienen los anhelos, las ambiciones, los ideales de los tiempos de Iturrigaray. Yo vengo de Europa, y allá sí hay fatiga, sí hay

lucha, sí hay circulación. ¿Son más dichosos? No sé; sólo sé que son más fuertes que nosotros.

Nosotros, queriéndolo ó no, tenemos que entrar en esa corriente. Dentro de pocos años quizás desaparezcan estos inmensos conventos, estos caserones vetustos, estas calles estrechas, y entrará el progreso recibido y aclamado como un dios grande y justo.

Pero la labor previa es dura, es penosa, es terrible; nuestros cañones tienen que emprenderla, y que emprenderla llevándose consigo muchos muros que parecen firmes y muchas bóvedas que parecen bien trabadas; y en medio del polvo y la ruina, tienen que caer muchas preocupaciones que parecen de vida segura; muchas creencias que ahora consuelan y ayudan, tienen que venir al suelo en medio de la explosión de las minas y el estruendo de la piqueta.

Llegamos á la casa, que era propiedad de Pacheco y de las que allá llaman *alcaicerías*. Era vasta, enorme, silenciosa y triste; nos instalamos en la pieza mejor, nos echamos á dormir en las cuatro camas que la honraban, y á los pocos minutos ya roncábamos como unos benditos.

Llevaríamos media hora de descansar, cuando sentí que me movían con furia. Me desperté asustado, y oí la voz de Valle que me decía:

— La Llana, ¿no oye usted contar dinero?

Agucé el oído, pero nada percibí, sino un rumor de



voces que á veces parecía proceder del suelo, á veces de la habitación de al lado, y á veces de la de atrás de la casa.

— No oigo más que voces de gentes que hablan.

— Yo también; pero no percibo palabras.

— Fíjese usted, ya habla uno de voz gruesa.

Y escuchamos. «Sí, padre, quinientos que tenía ya recibidos y setecientos más que ahora me entrega V. P., son los mil doscientos convenidos; pero eso no me basta para seducir á la tropa.»

Luego hubo un intervalo en que no escuchamos sino un murmullo que nada decía, hasta que una vocecilla unciosa y atiplada se mezcló á las otras: «Tiene razón el señor licenciado Mancilla; tres mil cuatrocientos pesos, ya es buena cantidad; y lo cierto es que, aunque la religión carmelita es amante como ninguna del orden y del pred-

minio de las buenas ideas, también es pobre, pobrísima, y no es cosa de que ella haga todo; dineros tienen San Francisco, Santo Domingo, San Agustín y los conventos de monjas, y sin embargo no se piensa en ellos. ¿Verdad, señor licenciado La Hoz?» «Cierto, contestó otra voz; y el señor coronel no tiene en cuenta lo que ya se entregó al señor general Blancarte.»

Poucel y Pacheco ya habían despertado, y en unión de nosotros espían.

«¿De manera que decididamente mañana?» preguntó Mancilla.

«Sí, mañana,» respondió el que había hablado primero. «Sí, añadió La Hoz; todo lo que sea retardar este movimiento, lo hace más aventurado; Parrodi viene pasado mañana cuando más tarde; hoy debe de haber dormido en San Juan de los Lagos, y si al llegar se halla esto pronunciado, no podrá hacerse fuerte en Guadaluajara... y quizás, quizás podríamos contar con su paso á nuestras filas... No son pocos los oficiales pundonorosos, como el señor coronel, que, pensando bien las cosas, no sean capaces de hacer armas por la buena causa, consiguiendo así la salvación de la República, de las garras de la maldita anarquía.»

«Y ahora, vámonos, que tiempo habrá de arreglar todo; abriremos la puerta poco á poco, que esto es *panino* de pulmonías.» — «Y los aires colados matan más gente

que las balas liberalescas, dijo el padre; acuérdense ustedes de lo que el diablo dijo á Lutero: «Lutero, cúdate de los aires colados, porque te necesito.» — Rieron todos y Mancilla añadió: «Pues de seguro también se lo dijo al diablillo de Santa Rosalía, vulgo don Benito Juárez, porque está con salud de roble... ¿Y qué, no entrarán las balas de fusil á las carnes de ese diablillo?» preguntó con sardónica risa el fraile.

Calculamos que los conspiradores estarían próximos á ausentarse, y quisimos ponernos á su paso para impedir que realizaran sus designios perversos.

Salimos y nada hallamos; aguardamos más espacio y el mismo silencio; volvimos á la pieza desde donde habíamos oído la conversación, aplicamos el oído á todas las paredes, é idéntica respuesta: la caza se había evaporado filtrándose por las grietas del muro.

Despertamos á la casera y llegó malhumorada.

— No, amo; si nadie vive aquí, aparte de mi viejo y yo.

Y con el manojito de llaves en la mano nos enseñó pieza por pieza, patio por patio, corral por corral.

Cuando le explicamos que habíamos oído voces y en qué dirección, dijo santiguándose:

— No, si no son espantos; es una casa vacía del señor canónigo Tovar, donde se juntan por las noches muchos padrecitos santos á tratar de las misiones que van á mandar entre los apaches. Por la azotea se ve el cuarto; nada

menos ese padrecito de la voz tipluda, es Fray Joaquín de San Alberto, el prior del Carmen.

Subimos á la azotea y vimos todavía un cabo de vela que agonizaba en un candelero de latón.

Bajamos hasta el patio y exploramos toda la casa sin encontrar nada de extraordinario en ella: la puerta caía á la calle del Tesmo y estaba cerrada con llave.

En el cuarto había una cajetilla de cigarros del estanco, un paliacate de holancillo, media docena de *equipales* y un devocionario abierto en el salmo *Miserere*.

Como no podíamos ni pensar en encontrar á los conspiradores, volvimos á nuestro cuarto cuando sonaban las cinco de la madrugada.

Luego que amaneció Dios, Leandro organizó las cosas. El y los dos ingenieros militares á reconocer la ciudad y á organizar la fortificación, fin con que se les había mandado; yo, á dar cuenta al señor Ocampo de lo que habíamos descubierto, á fin de que tomara providencias inmediatamente.

Llegué al Palacio á las siete de la mañana; pero supe que no me recibiría el señor Ministro, porque tenía consejo dentro de unos minutos. Poco después vi salir de sus habitaciones á Guzmán, á Cendejas y á Pizarro. Guillermo Prieto pasó acompañado de uno de los Farías, y al verme tendióme los brazos.

— Mensajero de Maratón, ya sé las noticias que te has

traído. ¿Conque nos destrozaron los mochos? Pues, paciencia y barajar.

— No ha sido tanto, repuse; todavía le falta el rabo por desollar al señor Osollos.

— Sí, ya sé; anoche me impuso Leandro de todo lo sucedido; pues ahora no hay más que batir el cobre muy fuerte, jóvenes militares.

Se incorporó al grupo Contreras Medellín, que salía del aposento presidencial, en compañía de Camarena.

— Tenemos novedad; hay algo que acabo de comunicar á don Benito.

— ¡Oh, gritó Guillermo, malditos sean estos profetas de desgracias! ¿Otra vez se habla de la defección de algún cuerpo? Acabo de parlamentar largo y tendido con Núñez, y él responde de la guarnición con su cabeza... con su vida.

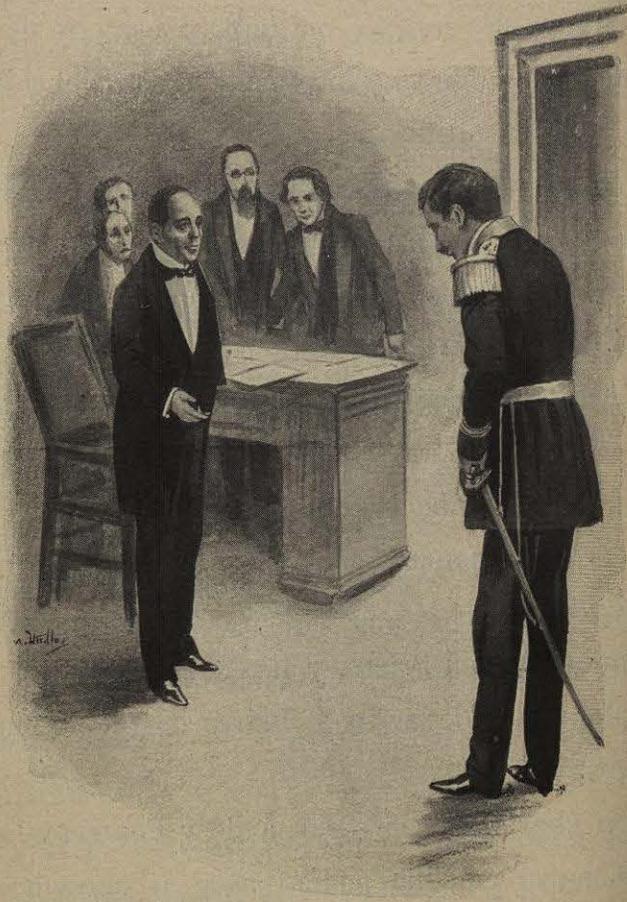
Alguien llamó á Prieto, y al retirarse me dijo:

— Me voy y le aviso á Juárez de tu presencia; no tardamos.

Seguí charlando con Cruz Aedo y Contreras, cuando un ordenanza me dijo podía pasar al aposento presidencial.

Quisiera escribir con rayos de luz esta página, para pintar la primer figura de mi patria con el brío de entonación y la firmeza de colorido que merece. y con la ternura y el amor que por ella siento.

Don Benito estaba vestido con sus perpetuos frac, pantalón y chaleco negros; los ojos los tenía pequeños y algo papujados; pero á pesar de todo expresaban á un



mismo tiempo seguridad, indulgencia y tesón de carácter. El color era cobrizo, pero limpio; el cabello lacio, pero dócil; las manos trigüeñas, pero chicas y bien formadas.

Estaba arrellanado en una poltrona, hojeando un

expediente de cubierta amarilla con las armas nacionales grabadas, y con exquisita cortesía se levantó del asiento al verme. Prieto, Cedejas, Ocampo y Guzmán, estaban alrededor de la mesa.

Saludé al concurso, y Juárez, dirigiéndoseme, me dijo con voz algo velada, pero firme:

— El señor ministro Prieto me asegura tiene usted detalles que suministrar al Gobierno acerca de la acción librada en Salamanca. Sírvase decirnos lo que sepa, que aunque el parte del señor General Parrodi está bastante explícito, quizás se le haya escapado algún detalle.

Tomé la palabra, y con lenguaje sencillo referí las peripecias de la acción, haciendo hincapié en circunstancias que á mi parecer habían influido para el resultado final. Juárez me oía imperturbable, sereno, como si estuviera yo relatando las campañas de Napoleón ó las de Morelos. Apenas cuando esboqué que, en mi concepto, había habido traición, me miró á la cara frunciendo las cejas ligeramente, é hizo un signo de asentimiento.

Cuando concluí, el Presidente se volvió á Prieto, y con ademán no de broma, sino de seriedad, le dijo:

— Guillermo, le han quitado una pluma á nuestro gallo; y volviéndose á mí:

— Muy bien, señor capitán; he quedado satisfecho de las explicaciones de usted, que me han proporcionado plena luz acerca de muchas cosas que ignoraba.

Cogí mi quepis, pero antes de despedirme hablé al señor Juárez:

— Si me lo permite usted, señor Presidente, referiré algo que vimos anoche yo y los ingenieros Valle, Pacheco y Poucel, pues creo tiene interés; al menos así lo hemos creído mis amigos y yo.

— Entonces, replicó Juárez cuando hube concluído, la cosa tiene visos de fundamento; vaya usted, Núñez, á averiguar lo que este oficial acaba de contarnos.

El General Núñez, que había entrado hacía un rato corto, era alto, guapo, moreno, de buenos ojos, de barba corrida y de cabeza inclinada hacía el lado izquierdo. Se disponía á salir del aposento, cuando por una puerta excusada penetró el gobernador Camarena para confirmar lo mismo que yo acababa de exponer.

— Vaya usted, vaya usted, dijo Juárez; y se volvió á Ocampo para tratar no sé qué negocio.

Pedí permiso para retirarme, é iba á salir del Palacio cuando me detuvieron en la escalera Mejía, Gochicoa y Banda, que me pedían noticias de la acción recién librada.

Apenas empezaba, cuando oímos un gran estrépito, voces, carreras, gritos, disparos, escándalo inmenso. Algo me dijo que lo que temíamos se había realizado, cuando el piquete que estaba á las puertas de la habitación presidencial lanzó el fatídico « ¡Viva la religión! ». Los tiros

se repetían, no contra nadie que resistiera, sino al aire, sin objeto, por el solo placer de disparar.

Tratamos de bajar, pero ya era tarde; un pelotón de soldados subía la escalera, lanzando alaridos, mueras á los puros y vivas á la religión. A un pobre anciano, quizás escribiente ó empleado de clase inferior, que subía paso á paso con un rollo de papeles bajo el brazo, le tundieron á golpes, le echaron al suelo, y lleno de sangre, de polvo y de saliva, le dejaron para acometer á bayonetazos á dos caballeros de sombrero de copa que charlaban en el descanso de la escalera.

— ¡Adentro esos bandidos! gritó un cura de rostro blanco y de buena estatura, en quien reconocí al padre López de Nava, famoso en mis tiempos de seminario. ¡Adentro esos puros indecentes! y el grupo de soldados nos encaminó hacia el salón del Tribunal de Justicia, befándonos, injuriándonos y golpeándonos.

Una visión tremenda nos cerró el paso, impidiéndonos ver á Juárez y sus ministros, que eran conducidos por el corredor del otro extremo: los presidiarios de la cárcel, situada en el Palacio, bajaban de las azoteas en racimos, á montones, descolgándose de cuerdas, pendientes de las gárgolas de las canales, cogidos de los pilares de piedra, desgñados, ostentando guiñapos multicolores, desvergonzadas roturas, fragmentos de calzado, escapularios cafés y rojos, que se campaneaban en los pechos velludos,

y blandiendo, á guisa de arma de combate, los grillos que alguien acababa de limar de sus manos y pies de gañanes toscos...

Cuando entramos al salón, ya estaba casi lleno; imposible recordar á todos los prisioneros. Había oficinistas de todos los ministerios, militares, abogados y sujetos particulares.

A poco vimos entrar á Prieto ensangrentado, con el traje roto, conducido entre una multitud de ebrios y de furiosos.

Después entró el general Núñez, nítido, elegante, pulquísimo; ni un rizo de la barba nazarena se le había descompuesto, ni un músculo de la fisonomía había perdido su aspecto normal.

Se dirigió al señor Juárez, dándole cuenta del resultado de su comisión, como si tuviera que referir una evolución que habían realizado sus tropas en una revista de mentirijillas. Se había encontrado al quinto en plena rebelión, había tratado de castigar á Landa, y entonces un soldado le había disparado su fusil á quema ropa, achantándole las tapas del reloj, pero sin causarle más daño que una contusión...

Nos asomábamos á las puertas, y el escándalo no cesaba; el sol brillaba en todo su esplendor, y sólo lo opacaban una nube de polvo y el brillar de muchas armas meneadas por cien manos.

De repente sentimos que la confusión aumentaba; nuevos gritos, nuevos espavientos, nuevo alboroto.

— ¡Traición, traición! gritaban muchos.

— Vienen á fusilarlos, dijo como á la sordina, poniéndose las manos en las mejillas, uno de cara pecosa, de barbas rubias y ojos azules que apareció en la puerta.

No tardó la estancia en ser invadida por la soldadesca. Eran como veinte ganapanes uniformados, lo más *tocho* y lo más desgraciado de nuestras clases rurales; toda la miseria y toda la sujeción estaban pintados en aquellas fisonomías de reclutas vencidos y tristes.

Juárez, impávido, estaba cogido del pestillo de la puerta; junto á él Ocampo; detrás Prieto, Ruiz y Guzmán.

En aquel momento recordé, no sé por qué misteriosa asociación de ideas, las labores de madera amarilla que tenía incrustadas la mesa del Presidente, una *garra* de zarape rojo y verde que traía uno de los presos de la cárcel, la celda fresca y recién blanqueada de mi maestro Luna, un bastión del castillo de Acapulco, y el dibujo de un traje que había tenido cuando empecé á estudiar.

Luego me vinieron á la memoria multitud de axiomas de forma lapidaria, de sentencias de filósofos estoicos, de académicos alejandrinos, de ascetas cristianos, de moralistas escépticos acerca de la muerte; cerré los ojos y apreté los dientes. Cuando oí los movimientos de la *carretilla de once voces* y las de ¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Prepa-

ren! ¡Apunten!, una inmensa amargura me invadió la boca. Todo esto lo he referido en muchas líneas; pero el sentirlo y el pensarlo fué obra de instantes, quizás de espacio inapreciable.

Cuando esperaba oír que se mandara ¡Fuego!, después del ruido de los muelles de los fusiles, una voz estentórea, tonante, como salida de un instrumento que vibrara y no de un pecho humano, gritó con todas sus fuerzas: «¡Levanten esas armas! ¡Levanten esas armas! Los valientes no asesinan, los valientes no matan á mansalva... El quinto batallón ha defendido siempre á la patria, ha atacado á los enemigos de México, no se ha cebado en hombres indefensos, en hombres que esperan la muerte cruzados de brazos... ¡Levanten esas armas!...» Y siguió hablando, hablando hasta transformarse, hasta perderse de vista. Ya no era el alegre compañero, el poeta festivo, el cantor de los regocijos populares; era un ser desconocido, un hombre extraordinario, que á todos nos electrificaba, á todos nos hacía derramar lágrimas como si ventilara una causa ajena y no nuestra propia causa, la causa de nuestra vida. Los soldados primero quedaron atónitos, con las armas preparadas y listos los gatillos, después se conmovieron hasta el enternecimiento... Prieto seguía hablando; ya no era el orador que increpaba; era el huracán que bramaba, el león que rugía, el profeta que amenazaba con castigos y daños...



¡Levanten esas armas! ¡Levanten esas armas! Los valientes no asesinan...

Al fin los ejecutores alzaron las armas, Guillermo vitoreó á Jalisco y un grupo tierno, pero heterogéneo, se formó entonces: los soldados que nos abrazaban, jurando que no nos matarían; Bravo, el jefe de la escolta, que se adhería á nosotros y tomaba nuestro partido; y todos, principalmente Juárez y Ocampo, que felicitábamos á Prieto llamándole el salvador de la Reforma, el salvador de vidas preciosísimas...

Luego supimos que la causa de aquella intempestiva acometida había sido el ataque de Cruz Aedo, que ignoraba el armisticio concertado; supimos que Camarena, Contreras, Díaz, Alvarez y sus guardias nacionales nos habían salvado la vida poniéndose frente á Landa; y en fin, que se estaba en tratos con los pronunciados para salir de la ciudad y evitar las consecuencias de aquella situación.

